



Ovidi Montllor.

música de otro tema, aportada por Boldori-, el resto del disco tiene su paternidad en "l'Ovidi", tal como es conocido en los ambientes musicales de Cataluña.

Tras comenzar con el fragmento de Salvat-Papasseit que, traducido (2), dice: "Hay un hombre en la prisión, / de los que avanzaban / juntaos / juntaos. / Quitadle el embarazo que le oprime las manos / para que haga camino / juntaos / juntaos", Ovidi Montllor se arranca con recuerdos de su infancia y de la escuela en la que fue "educado" (por decirlo de alguna manera): "La consigna era: / Patria / La respuesta era: / alzar el brazo", con unos recuerdos: "Todo perdido / para siempre", en que denuncia: "la misa era / muy seria / Los asistentes / no lo sabíamos"; "La enseñanza era / como era / Los enseñados / lo que somos", y "El resultado era uno / la jugada era perfecta", para concluir delimitando su propio condicionante vital y el de sus compañeros de escuela: "Los pupitres estaban / sucios. / Los que nos sentábamos / éramos pobres".

Desde esas premisas vitales da el salto a lo que, obviamente, había de producirse. Pero Montllor no lo dice abiertamente. Con su ya mencionado humor negro, pero sutil, lo ofrece cargado de imaginación: "Yo soy hijo de familia muy humilde. / Tan humilde que de una vieja cortina / me hicieron una camiseta: roja. / Desde entonces, a causa de esta camiseta, / ya no he podido andar por la derecha. / He tenido que ir contra corriente / porque no sé qué pasa / porque todos los que vienen de frente a mí van mirando hacia el suelo. / Desde entonces, a causa de esta camiseta / ni he podido salir a la ca-

lle. / Ni trabajar en mi oficio: herrero. / He tenido que ser jornalero en el campo. / De esa manera ya no me veía la gente. / Trabajaba con la hoz. / Y puestos a padecer ambos males, resulta que sé trabajar las dos cosas: / con el martillo y con la hoz". (...) "Tal vez otros, en tales circunstancias hubieran cambiado de camiseta. / Pero yo, que me encuentro muy a gusto con ella / porque me abriga, la aprecio, / y le pido que nunca se me vuelva vieja".

Als companys ("A los compañeros") concluye con la siguiente estrofa: "Llegará la mañana / en que el llanto será de alegría. / Tan solo por lograr este fruto, / daría la vida". Da paso a otro tema de esperanza en un futuro mejor al que se ha de llegar mediante la perseverancia en la lucha, titulado *Será un día que día que durará anys* ("Será un día que durará años"). Esa primera cara concluye con el poema de

Estellés *Una escala qualsevol* ("Una escalera cualquiera").

La segunda cara se abre con *Encara nols, encara* ("Todavía, chavales, todavía"), al que sigue *Encara el tango* ("Aún el tango") que empieza justificando: "Quiero cantar esta canción / con ritmo de tango / porque el tango me trae / a la memoria / tiempos de llantos y sufrimientos", para pasar a preguntarse: "¿Quién soy? / ¿Quiénes somos?", y responder inmediatamente: "más que un trozo de carne / que otros comen. / O bien unos colgadores / donde sólo cuelgan / aquello que más les jode", antes de concluir que quiere "cantarla con un clavel / rojo, / en el ojal. Pensando en todo aquel / que se deja la piel / por una sola idea / idea de llegar a ser personas".

Una de por ("Una de miedo") da paso al tema *Als nous amos* ("A los nuevos dueños") en la que insiste: "¡Somos personas! ¿entendido? / ¡Quede claro!".

Por último *De manars i garrotades* ("Sobre mandares y garrotazos"), que da título al álbum, es una composición, con base en música popular valenciana, de letra crítico-satírica en la que se alude a los procedimientos represivos del poder y se acaba pidiendo "amnistía, justicia y libertad y el derecho a la autonomía". Tras ella se repite el fragmento inicial del poema de Salvat-Papasseit en que se pide la unión.

En el disco sólo se nota a fallar esos espacios que Montllor concede a sus compañeros cuando hace "música viva", espacios en los que esos tres músicos demuestran su virtuosismo y penetración. Por todo lo demás, no es difícil imaginarse para el oyente recordar o imaginarse ante un escenario oscuro donde unos pocos haces de luz iluminan el moreno y ojoso rostro del enlutado valenciano Ovidi Montllor. ■ PABLO MORATA

## Poesía y rock

Ha aparecido en castellano la obra poética de Jim Morrison, el fallecido cantante de los Doors, "Señores y Nuevas Criaturas" (1). Es un libro que, aparte de sus méritos literarios, plantea un problema muy interesante: el de las relaciones entre dos formas de expresión artística, la poesía y el rock; esto es, entre la palabra escrita y la palabra integrada en un espectáculo corporal, servidora y dueña del cuerpo que la expresa, y que se expresa a sí mismo por medio de la danza y de la música.

La poesía, dicen, es un arte en decadencia; dicen que no tiene cabida en una civilización electrificada y que se expresa más por la imagen que por la palabra. Sin embargo, resulta curioso ver cómo gran parte de los cantantes-autores de rock hacen gala de su talento poético, desde Bob Dylan hasta Patti Smith. Parece que quisieran avalar su trabajo, enraizándolo con la tradición más antigua de la poesía. Este es un mecanismo curioso: por un lado, la crítica iconoclasta rechaza la antigua poesía, y la sustituye por nuevos medios; por otro, esta misma crítica ensalza los valores poéticos de los músicos de rock, hasta que ellos acaban también por creérselo. Sin embargo, poco es el valor literario de la mayoría de las canciones que se nos hacen pasar como poesía: en la mayor parte de los casos, los poetas del rock —Dylan, Simon and Garfunkel, el mismo Morrison en sus peores momentos...— no toman de la poesía más que el oropel, las palabras y expresiones altisonantes o incomprensibles y el rebuscamiento: su concepción de lo poético es bastante simplona, y sólo puede engañar a niños americanos acostumbrados a considerar a Robert Frost como ejemplo de la mejor literatura, a Khalil Jibrán como profundo pensador y escritor oriental, y —en el mejor de los casos— a Allen Ginsberg como el bardo inspirado de la Nueva Era.

(1) "Señores y Nuevas Criaturas", Jim Morrison. Producciones Editoriales. "Star".

El caso de Jim Morrison es bastante diferente: Morrison sabía qué era poesía y la utilizaba. No sólo en sus letras de canciones, sino que también escribía poemas no para ser cantados, sino para ser leídos. Algunas de sus letras, sin embargo —las peores—, adolecen de una enfermedad: el espíritu "psicodélico" de la segunda mitad de los sesenta, esa mezcla de misticismo y oropel que tanto daño hizo, al mismo tiempo, a la poesía y al rock. Esto está ausente en sus poemas, que, si bien desiguales, muestran una concisión aceptable y una gran claridad, si no profundidad, de pensamiento. Nada queda en ellos de las visiones brumosas y necesariamente desconcertantes, pues quien las produce está desconcertado, que privaban en los conjuntos psicodélicos. Y es que Morrison era un poeta que utilizó el rock como medio de expresión, no lo contrario. Desgraciadamente para su carrera, para él y para nosotros, que nos hemos quedado sin la posibilidad de un poeta y un cantante —sobre todo lo segundo— excepcional. Morrison murió muy joven, al finalizar la década pasada, sin haber podido dar la auténtica medida de sus posibilidades expresivas.

Después de él, muchos han intentado seguir el camino de la fusión rock-poesía, y muy pocos lo han conseguido. Desde luego, no Patti Smith, que es sencillamente un buen montaje comercial-artístico, fabricado como el monstruo de Frankenstein a base de retales, de fragmentos de imágenes muertas del rock. Si, a mi entender lo ha conseguido Lou Reed; pero éste lo ha hecho tomando el extremo opuesto: en vez de comprender la poesía como un algo ajeno, inmaterial y lejano, que nos transporta a mundos de lírica ensañación, se ha dedicado a poner en palabras lo cotidiano, y a contar con una ironía no exenta de ternura —la verdadera ironía nunca lo está— los pequeños y grandes hechos míseros de todos los días. ■ E. HARO IBARS.

(2) Todos los fragmentos reproducidos están, obviamente, traducidos.